

Inauguración del Instituto de Filología

DISCURSO DEL DECANO D. RICARDO ROJAS

Señor Ministro de Instrucción Pública;
Señor Embajador de España,
Señoras y señores:

La filosofía europea no se ha organizado como una ciencia que me atrevería a llamar biológica, hasta la segunda mitad del siglo XIX. Influida primero por el dogma teológico, y fluctuante luego entre el detalle empírico y la generalización ingeniosa, careció del método que constituye una verdadera ciencia. Con decir que España misma ha carecido de una escuela filológica sería antes de Menéndez Pidal, habremos adquirido el derecho de no quejarnos con demasiado rigor sobre la penuria de tal disciplina entre nosotros.

El estudio de las lenguas comenzó para nosotros en el siglo XVI, con la enseñanza gramatical de los latinistas coloniales y con el trabajo de los misioneros cristianos sobre los idiomas indígenas. En América han perecido, suplantadas por el castellano, más de doscientas hablas, cuyos glosarios encontraron bibliógrafo diligente en Bartolomé Mitre, con su Catálogo de las lenguas americanas. En la generación de Mitre, incursionaron también por el campo de tales estudios, Larsen con su docencia universitaria, Calandrelli con su diccionario comparado, Mossi con sus investigaciones sobre el quichua, López con su pintoresca teoría sobre las lenguas arias del Perú, Dobranich con sus estudios bíblicos, Lafone con sus vocabularios regionales, y todos los demás que, después de ellos, han continuado hasta hoy la tarea, cultivando las mismas aficiones,

con virtud plausible, aunque con criterio no siempre digno de aplauso.

La posición actual de la Argentina en América, su contacto con cuatro grandes familias de lenguas precolombianas, los alarmantes problemas del cosmopolitismo rioplatense en relación con el castellano, y, sobre todo, el carácter rigurosamente científico de la filología en nuestro tiempo, estaban indicando a la Universidad, como perentorio deber, la necesidad de tomar parte en dichos estudios, que hoy se realizan por colaboración internacional.

Hace ya quince años, cuando yo no era profesor en esta casa, ni imaginaba que llegaría a ser su decano, indiqué en mi libro "La restauración nacionalista", lo conveniente de que esta Facultad fundara diversos institutos de investigación científica relacionada con las humanidades. Llamado posteriormente a crear aquí la cátedra de literatura argentina, documenté los fenómenos del habla popular y de nuestra bibliografía lingüística, llegando hasta decir en "Los gauchescos", al criticar nuestro empirismo sobre tales cuestiones: "La filología argentina está por crearse". Con esta convicción, madurada en tantos años, prometí fundar un Instituto de filología, en el discurso que pronuncié aquí mismo al hacerme cargo del decanato; y, tomando luego por punto de partida un proyecto del Consejero Alberini, obtuve del Consejo Directivo que se me autorizara para gestionar la venida de un especialista europeo, a quien entregáramos la dirección del Instituto.

Al declarar inaugurado este nuevo departamento de nuestra Facultad, lo hago, pues, con una justa satisfacción de hombre y de funcionario. Creo que iniciamos una obra trascendental para la cultura argentina y para el prestigio exterior de la Universidad, porque esta fundación forma parte de la misión histórica que asigno a la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, llamada a superar las tendencias utilitarias de nuestro ambiente, mediante una concepción más noble de la ciencia de la nacionalidad y de la vida. Así empeñado desde los comienzos de mi decanato en el que el Instituto de Filolo-

gía llegara a ser una realidad, preparé hace tiempo su sede en nuestra casa de la calle Reconquista y obtuve de la Universidad los fondos necesarios para empezar las tareas, pues tanto el Rector como el Consejo Superior se han mostrado siempre tan benévolo con mis iniciativas, que debo referirme a su actitud para agradecerla aquí públicamente. Claro es que los resultados del Instituto dependen de un largo porvenir o sea de sus futuros colaboradores y de realidades ajenas a mi voluntad; pero no se me escapó que la mitad del buen éxito quedaría asegurada, si yo lograba acierto en la elección del técnico encargado de dirigirlo. En tal sentido, puedo afirmar que el nombre de don Américo Castro, es, por sí solo, prueba completa sobre el acierto de mi elección, y más si se dice que don Ramón Menéndez Pidal tendrá también su parte, como director honorario, en el plan de nuestras investigaciones.

Los estudios de lengua y literatura castellanas, que constituyen la especialidad de mi vocación literaria y de mi cátedra en la Universidad, me habían puesto en condiciones de conocer la obra científica que la moderna escuela filológica de Menéndez Pidal viene realizando en Madrid, mediante la "Revista de Filología Española" y la publicación de gramáticas, glosarios o textos en ediciones sabias, con tal seguridad de método, con tal amplitud de criterio, con tal amor a la raza, con tal sentido de las evoluciones históricas del idioma y de sus realidades naturales, que a aquella escuela debí sin vacilación alguna dirigirme, seguro de hallar en ella, ciencia, liberalidad y simpatía, las tres virtudes que para el caso necesitábamos. Discípulo dilecto de Pidal, colaborador suyo infatigable, autor de obra propia, investigador minucioso, publicista sincero, filólogo extraacadémico, maestro él mismo, Américo Castro viene hacia nosotros como un generoso misionero de la nueva doctrina. De la nueva y conciliadora doctrina, debiéramos decir, porque apenas se afronta con los instrumentos de la filología moderna el estudio del idioma, como él, español, va a hacerlo entre nosotros, americanos, el postrer motivo de controversia entre España y América desaparece, pues la verdadera cien-

cia del lenguaje desarma igualmente el dogma anacrónico de las academias metropolitanas y el instinto barbarizador de las repúblicas insurgentes.

Habrá, sin duda, sorprendido a los que mal me conocen, que yo, predicador tenaz de nacionalismo en la Argentina, haya ido a buscar afuera, maestro y director para el Instituto de Filología; pero no se habrán sorprendido los que saben cuales son mis ideas sobre la raza y el idioma, expuestos en mi cátedra de literatura argentina y en mi cátedra de literatura española, sin contar lo que tengo dicho sobre temas de nacionalidad y de cultura en numerosos libros. Mi nacionalismo no hostiliza lo extranjero sino que lo asimila, como lo propongo en "Eurindia"; mi nacionalismo no excluye lo español, puesto que lo considera fuente de argentinidad, como lo muestro en "Blasón de Plata"; mi nacionalismo no venera la incultura nativa, sino que tiende a superarla por un ideal de civilización, como lo expresé hace quince años en "La restauración nacionalista", cuando formulé la teoría, como reacción idealista contra la imitación empírica, el materialismo histórico y el mercantilismo cosmopolita, motivos locales de esa reacción. Quiere ello decir que si necesitamos traer del extranjero especialistas de una ciencia que aquí no se cultiva o se cultiva por métodos equivocados, debemos traerlos; y que si España ha formado una escuela filológica moderna, aunque ella se haya iniciado bajo el magisterio de la ciencia alemana, es lógico preferir un filólogo español, porque éste posee, con el genio del idioma común, la llave mágica para entrar en el secreto de nuestros propios corazones.

Traigo al discurso estos argumentos, que serían ociosos ratándose de ciencias absolutamente impersonales como la biología o la física, porque las cuestiones del idioma, siendo éste un índice de nuestra conciencia, despiertan pasiones de vanidad individual y de recelo patriótico. El solo nombre con que debemos llamar a la lengua de los pueblos hispánicos, es ya un problema de vanidades políticas. Así se ha resuelto en España, últimamente, que se le llame lengua española, porque el

nombre de lengua castellana, hiera el regionalismo peninsular de vascos, gallegos y catalanes. Pero "español" es un gentilicio de ciudadanía, como "francés" e "italiano", y puesto que la lengua esjañola se habla en naciones independientes que ya no son políticamente esjañolas, ese nombre despierta otros recelos y sugiere designaciones como la de "idioma nacional", adoptada por algunas repúblicas de América. Según esto, parecería lo más propio llamar "castellano" al idioma del antiguo imperio español, como llamamos latín al del imperio romano, refiriéndonos sólo a su origen histórico y a su fuente geográfica, o bien lengua hispánica, para indicar nuestra comunidad idiomática con una sinonimia que sobrepasa la nomenclatura de las actuales fronteras políticas.

No pretendo resolver aquí tan complejas cuestiones, sino tan sólo enunciarlas, ya que el idioma es, como la tierra, la raza, el estado, la religión y la cultura, elemento constitutivo de nacionalidad. La filología pura se desentiende con facilidad de estas cuestiones, pero no así la pedagogía gramatical, ni, a veces, la sensibilidad patriótica de ciertos filólogos, porque ya lo dejó dicho Pasteur: "La ciencia no tiene patria; pero el sabio la tiene". En el caso de nuestro Instituto, puedo anticipar que no habrá querellas al respecto. Dan prenda de ello las condiciones personales de Américo Castro, su hombría de mundo, su simpatía hispanoamericana, su escuela científica, habituada a contemplar los problemas filológicos en perspectivas de realidad y universalidad. Por nuestra parte, los argentinos vamos comprendiendo que si hay sentimientos nacionales fundados principalmente en la tradición religiosa como los del pueblo hebreo; o en la raza, como los del pueblo inglés; o en la tierra como los del pueblo francés o en el estado, como los del pueblo alemán; en cambio la conciencia del patriotismo argentino ha de ser más flúida y compleja, puesto que la tierra nos hace americanos por la tradición continental y la raza nos hace europeos por la inmigración cosmopolita, a la vez que el idioma nos hace españoles, creando una comu-

nidad filológica de cien millones de hombres, que forman nuestra ciudadanía intelectual.

Semejante comunidad filológica no amengua nuestro destino, pues al contrario, lo acrecienta en irradiación y en prosapia; siendo éste uno de los mayores bienes, entre los muchos que debemos a la gloriosa y calumniada España. Conservar ese delicado organismo del romance castellano, evitando los dos riesgos de la cristalización académica y de la plebeya corrupción; hacerlo punto inicial de nuestros estudios, remontrándonos luego a fuentes clásicas y orientales; analizar su genealogía entre los dialectos románicos y en el grupo más general de las lenguas indoeuropeas; definir en los textos literarios y en el habla oral el carácter de nuestro idioma para que pueda al contacto de otras hablas crecer sin contaminarse; traer a la ciencia el estudio de las lenguas precolombianas, en el doble problema de sus presuntas genealogías asiáticas y de su aporte a la lengua castellana; tomar de todos los pueblos hispánicos cuantas voces puedan enriquecer un diccionario más amplio que los actuales; mantener la disciplina gramatical y estética por la educación literaria, como las firmes y pintorescas márgenes encauzan el agua movediza de un río: he ahí la ambición con que declaro fundado el Instituto de Filología, cuya primer planteamiento entrego a la ciencia de Américo Castro, y cuya lenta realización señalo como una alta empresa a la vocación de los jóvenes estudiantes argentinos que se sientn capaces de continuar su obra en lo porvenir.

Don Américo Castro, en oyéndome hablar así, estará pensando que yo soy un megalómano alucinado; y luego, cuando suba a su cátedra, vendrá a deciros, con muy gentil modestia, que él no podrá realizar sino una parte pequeñísima de ese programa. No, señor Castro: Yo sé lo que digo; sé de lo que es usted capaz. Usted y yo conocemos lo que muy sabiamente aconseja nuestro aquilatado Gracián sobre la hazañería y la prudencia. Bien conocemos lo difícil del empezar, lo cauto del prometer, lo lento del buen concluir. No le pediremos sino lo que está en sus manos hacer y le daremos tiempo, y le bus-

caremos colaboradores que quieran ser sus discípulos. Ya habrá notado usted desde nuestras primeras conversaciones que nos entendemos fácilmente; en nuestros coloquios usted se ha sentido americano y yo me he sentido español: tal será el ensalmo de su ciencia y de su presencia entre nosotros. Si me he excedido al enunciar nuestros propósitos, traicionando con ello su sabia moderación, usted me habrá excusado, porque conoce la sincera confianza que tengo puesta en su obra. Mis excesos provienen de que deseo ver aquí renovada por los métodos que usted cultiva, la ciencia que empíricamente iniciaron los españoles de la colonia; y de que anhelo ver formarse en torno suyo una escuela filológica argentina que contribuya al acervo de la filología universal, colaborando para ello con sus colegas de España, tal como me lo proponen Menéndez Pidal, director del Centro de Estudios. Y al señor Bonilla San Martín, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, de quien ha traído usted un saludo generoso, dígame que ha encontrado en Buenos Aires una casa fraternal donde se cultivan con amor las tradiciones españolas. Cuando usted les escriba, dígameles que lo hemos recibido con los brazos abiertos.

Señor Castro: Está usted en su patria y en su casa. Al ponerlo en posesión de la cátedra, formulo fervientes votos por la ciencia del habla española, y porque nuestro magnífico idioma común siga siendo, hasta la más remota posteridad, la lengua de los argentinos.

DISCURSO DE D. AMERICO CASTRO

Muy grande ha de ser el esfuerzo que yo realice, para poder cumplir, siquiera en parte mínima, el programa que en forma tan bella y con tan hondo sentido de la cuestión acaba de exponer el doctor Ricardo Rojas ante vosotros. La fe que el señor decano pone en mi futura labor, viene sin duda de la confianza que le inspira la escuela científica que yo aquí represento, aunque modestamente. Por esa razón permitidme que acepte esas elogiosas y cordiales palabras, como un homenaje

a don Ramón Menéndez Pidal, fundador y restaurador de los estudios sobre el habla hispana entre nosotros. Sin su esfuerzo, sin su visión honda y personalísima de los problemas científicos relacionados con la historia del idioma, no habríamos salido del período de los ensayos empíricos, o habríamos sido mera secuela del extranjero en un ramo del saber que tan de cerca afecta a la conciencia de nuestra raza. El fondo de nuestra cultura, que en más de un punto no ha encontrado aun quien lo saque a luz, ha hallado en tal caso, lo mismo que en el dominio científico cultivado por Ramón y Cajal, quien dé la modalidad hispana a ciencias que antes, no ha mucho, podemos decir que nos eran extrañas.

Permitid a un español, conmovido por la gentil acogida de este gran pueblo hermano, que exteriorice la íntima emoción que le causa el hecho, lleno de auspicioso sentido, de la coincidencia en Buenos Aires de dos discípulos y colaboradores de los máximos representantes de la ciencia española de nuestros días.

Voy a declararos francamente mi pensamiento, sin recelo alguno, porque ya sé bastante de vuestra altura espiritual, y del valor que concedéis a lo que se piensa pura y objetivamente. No os alarméis, sin embargo, pensando que vaya a pulsar la nota lírica de la aproximación hispano-americana. Nuestra generación en España no suele proceder así.

La juventud de mucho de nosotros no fué alegre, por qué negarlo. A veces mirábamos torvamente hacia el pasado y en torno nuestro. La demanda de responsabilidad temblaba en todos los ánimos, porque habíamos presenciado demasiada amargura los que salíamos a la luz en los comienzos del siglo, y nuestras vidas no podían tomar el rumbo del madrigal.

En esas preocupaciones de la juventud de entonces ocupaba lugar preferente la inquietud por levantar nuestro nivel científico. Uno de los anhelos que perseguíamos era que, por lo menos nuestra lengua, el más directo reflejo de nuestra alma, tuviese cultivo adecuado entre nosotros. La realidad es que antes de Menéndez Pidal y su escuela las lenguas peninsu-

lares se habían estudiado sobre todo fuera de España. Ni los trabajos de hombres, que escribían en lengua hispana como Bello, Cuervo y otros de menor importancia, habían alcanzado la debida influencia en España durante el siglo XIX.

En otros países, es cierto que buena parte del conocimiento de la propia lengua fué elaborado por extranjeros: Francia debe mucho en este punto a la lingüística alemana. Inglaterra a noruegos y daneses, y así en otros casos. Pero nuestra situación era de todos modos anormal antes de 1900.

No fué, pues, extraño, para las personas enteradas de estos asuntos, que Chile llamara a dos reputados maestros alemanes, hacia 1890, para que introdujesen en aquella república el estudio científico de la lengua patria. La obra realizada por los doctores Lenz y Hänsen ha sido notable, porque a ambos debemos trabajos fundamentales sobre el español: Lenz ha sido el primero en hacer un estudio de la fonética del habla popular de un país hispano-americano, en forma aún no superada; Hansen es autor de una bonísima gramática histórica.

Permitidme, pues, que yo celebre como una dichosa fecha esta de hoy, en que un gran pueblo de habla hispana ha creído que objetivamente, sin que en ello dominen consideraciones sentimentales, la escuela de lingüistas españoles podía prestaros servicios por lo menos análogos a los de los filólogos de otro país. Hemos cumplido un deber que antes habíamos descuidado por modo inconcebible. Y el que vosotros lo reconocáis representa la máxima recompensa a que podíamos aspirar.

La misión que se me ha confiado es delicada, y roza más de un escrúpulo sentimental. De una parte hay quienes desean llevar tan lejos como sea posible las peculiaridades del idioma de los países hispano-americanos. En la Argentina esa tendencia culminó en el libro de Abeille, felizmente superada por los lingüistas y publicistas argentinos.. La dirección contraria, la de los partidarios de una gran corrección y academismo no deja hoy de contar adeptos. Ambas tendencias (despojadas de sus estridencias) serían, en último término, reflejo de

esa doble corriente de innovación y reacción que se da en todos los pueblos en momentos de plenitud vital.

Desde el siglo XV comienza en España el movimiento renovador del idioma que culmina en el XVII, en la escuela de Góngora. Frente a éste actuó siempre el elemento tradicional y conservador. Entre ambos extremos discurre la vida del idioma en los pueblos de cultura.

Ya Tirso de Molina defendía la legitimidad del neologismo, con frase exacta y aguda: "Ignoran que nuestro idioma, con lo que connaturaliza de las otras lenguas, — ya de la latina, de quien es hijo, ya de la arábiga, griega, toscana y americana, — viene a tener caudal copioso de voces y sinónimos... Pesarosos están estos zánganos de que se aproveche nuestra lengua de las que, conquistadas, son sus súbditas". Quiere Tirso "que nos ahorremos de todas esas zarandajas de circunloquios, cuando en un solo vocablo hallamos significación proporcionada a nuestro intento." (Del prólogo a la *Quinta Parte* de sus Comedias). En el siglo XVIII Feijóo, y durante la época romántica Larra plantean, asimismo, la cuestión, desde puntos de vista diversos, pero llegando a idéntico resultado: la necesidad de renovación del idioma. Modernamente la cuestión existe en España aunque sin caldear demasiado los espíritus. Los que prefieren el sesgo arcaizante se documentan en los libros del padre Mir, apóstol que fué del casticismo, leen la prosa de Ricardo León y de otros escritores de corte análogo. Quienes piensan que una literatura vale sobre todo por el brío interior que en ella se pone, por los atisbo profundos del mundo de la conciencia individual y colectiva, por los hallazgos felices de nuevos rumbos en el estilo, esos leen a Rubén Darío, a Juan Ramón Jiménez, a Antonio Machado, Baroja, Azorín, Valle Inclán, Unamuno, Pérez de Ayala, Ortega y Gasset, Moreno Villa, Miró, Araquistain, e incluso a los nuevos como Gerardo Diego. Todos ellos con otros cuya enumeración sería larga, constituyen la máxima espiritualidad de España, de la cual es un reflejo la lengua, que por sí

misma es sólo instrumento para las elementales necesidades de la vida.

La verdad es que el lenguaje en lo que atañe a su vitalidad social, como expresión de cultura, marcha solo. Cuanto más rico es un país en manifestaciones de civilización, tanto mayor es la variedad de matices de su idioma, y al mismo tiempo su fuerza conservadora.

Los pueblos anglosajones no poseen nada parecido a la reglamentación académica, a purismo ni a casticismo, y sin embargo parece que es bastante bueno el inglés de Oscar Wilde, de Bernard Shaw, Whitman, e incluso el de Mark Twain.

Yo no quiero negar, sin embargo, la posibilidad de una acción pedagógica sobre el habla vulgar. En Chile, la influencia de Bello logró positivos efectos. Pero estos resultados obtenidos por los gramáticos no son nunca trascendentales, y si lo son es por estar apoyados por grandes corrientes de cultura social: la literatura, la prensa, la oratoria, la exposición científica, que en último son la suprema fuente normativa. El pedagogo del lenguaje y el académico no deben olvidar nunca la mordaz frase de Quevedo: "Para que te sigan las mujeres, no tienes más que caminar delante de ellas".

Este hecho del purismo y del neologismo es para el filólogo, en cuanto tal, un motivo de observación y nada más. No puede confundirse en ningún caso al lingüista con el legislador del idioma, si es que este cargo existe más que nominalmente.

Por esta causa tengo vivo empeño en precisar bien el alcance de mi función para que no se complique mi modesto trabajo con cosas que nada me preocupan. Cuando yo he dicho en un reportaje periodístico que tales o cuales frases de la lengua vulgar de Buenos Aires son interesantes, no quería con eso darles una patente de nobleza literaria. Y al declarar que tal forma lunfarda o gauchesca corresponde a otras poblaciones de la Península, no aspiraba tampoco a concederles un privilegio respecto de aquellas que procedan del quichua, del italiano o del francés. Confieso que esos premios a la virtud lingüística no me preocupaban al hablar del lenguaje de las obras

que representa la compañía Muñio-Alippi. Que tal interpretación haya podido surgir en algunos periódicos indica cuán necesario sea vulgarizar, desde la cátedra, lo que deba entenderse por el estudio científico del idioma.

Estos conocimientos son en todas partes, aquí, en España, en Francia, patrimonio de minorías. Conviene de vez en cuando hacer un poco de ambiente público a esas nociones que andan encerradas en los libros técnicos, o que manejamos en nuestras investigaciones sin aclarar su alcance. En lingüística tal exigencia es ineludible, porque el que más y el que menos tiene no sólo su alma en su almario sino su lengua en la boca, y pretende, lo que por otra parte es muy lógico, opinar y hacer valer su parecer en cuestiones de idioma.

Esto no impedirá, sin embargo, que yo en algunos casos no haya de manifestar preferencias, e incluso fuerte disconformidad ante ciertos hechos. Pero tales críticas, que tendrán como base la distinción (a veces sutil y ardua) entre "peculiaridad" y "atentado a la estructura del idioma", ha de ser hecha con gran parsimonia.

*
* *

Y pasemos ahora a tratar someramente de lo que constituirá el núcleo de nuestros estudios en la Facultad de Letras de Buenos Aires.

Lo que evidentemente requerirá más atención por parte nuestra, será el examen de las peculiaridades lingüísticas del habla bonaerense, sobre todo en aquellos puntos en que, apartándose del uso dominante en otros países de lengua hispana, haya palabras o giros que estén aclimatados en la lengua literaria. ¿Con qué métodos realizaremos este estudio? Evidentemente los procedimientos que suele emplear la gramática corriente (en la cual se estudia el idioma de una manera estática) no han de servirnos de mucho en este caso. Hemos de recurrir más bien a la técnica para cuyo manejo nos ha capacitado la historia y la geografía lingüísticas. Ambas ciencias,

constituídas a lo largo del siglo XIX, han dado ya frutos espléndidos por lo que se refiere a las lenguas literarias y a las manifestaciones dialectales de las mismas. Pero por lo que atañe a nuestro caso, justo es decir que el habla argentina no ha sido aun estudiada desde esos puntos de vista, habituales para quienes contemplan las lenguas con ánimo de llegar a resultados precisamente científicos.

Lo que fundamentalmente le preocupa al lingüista es determinar como han sido posibles históricamente tales o cuales fenómenos, cual es su extensión territorial, cual es su difusión a través de las distintas capas sociales y, en fin, en qué casos tales fenómenos de pronunciación, de léxico o de sintaxis, han llegado a adquirir carta de naturaleza en el habla de las personas más cultas y en el estilo de los escritores más selectos. Habría, pues, que aspirar a escribir una fonética, una morfología, una sintaxis y un léxico de todas aquellas particularidades que sean típicas de esta región. Y para ello es natural que nosotros tengamos una visión clara de lo que podemos obtener de cada uno de estos aspectos de la ciencia del lenguaje.

La fonética es, en efecto, el punto de arranque para cualquier investigación. Gracias a ella se construyeron a principios del siglo XIX las gramáticas comparadas de las lenguas indoeuropeas y de las lenguas románicas. Con posterioridad, merced a los progresos de la experimentación y el afinamiento de la observación acústica de algunos filólogos, se han llegado a percibir matices sutilísimos, que son a la lingüística lo que el estudio histológico de los tejidos es a la biología.

Tomemos algún ejemplo para que aun en esta somera exposición os déis cuenta del modo de proceder al examen fonético de la lengua. Es un hecho al alcance de cualquier observador, que muy a menudo cuando dos vocales están en contacto el acento carga sobre la más abierta de ellas. Es frecuente oír pronunciaciones como *páis*, *réir*, *óido*, *paráiso*, *máestro*, y tantas otras. La observación geográfica del castellano nos enseña que este fenómeno no es exclusivo de la Argentina, ya que se encuentra en regiones españolas y en otros países

hispanoamericanos. Su causa fonética es la siguiente: cuando dos vocales se encuentran juntas, aspiran a formar un diptongo, y en virtud de una ley que se daba ya en el latín hablado, la más abierta de esas vocales acaba por ser portadora del acento, merced al mayor volumen de aire que representa su pronunciación respecto de la otra, y atraer ese mayor volumen de aire una mayor intensidad espiratoria.

Nuestra observación se completará por lo que respecta a este hecho, examinando su grado de vitalidad social, que por lo que he podido observar tiende a decrecer. Las generaciones más jóvenes en Buenos Aires desechan esa pronunciación, que es generalísima en personas que tienen más de cincuenta años.

Entre las formas verbales óyese, como vulgarismo que no ha penetrado en las clases más cultas, los presentes de subjuntivos *dea* y *estea*, por *dê* y *estê*. La causa del hecho no es otra que la analogía con el presente del subjuntivo del verbo *ser*, circunstancia que nos permite observar cómo se reproducen procesos que se hallan en todas las lenguas y que se han dado en la historia del castellano. Es en efecto un hecho conocido que las formas verbales influyen unas sobre otras y se producen igualaciones inexplicables fonéticamente, debidas a la analogía. En virtud de ésta decimos hoy *caiga* y *traiga*, en lugar de los regularmentes etimológicos *caya* y *traya*.

Un hecho curioso de sintaxis es la marcadísima preferencia de vuestra lengua familiar a sustituir el futuro por una forma perifrástica con el presente de indicativo del verbo *ir*. Cada vez se generaliza más el empleo de *voy a ir*, por *iré*; *voy a decir*, por *diré*; *yo se lo voy a dar*, por *se lo daré*. Habiendo hecho averiguaciones sobre este punto, he observado que el empleo del futuro comienza a ser sentido por los jóvenes como algo afectado, propio de la lengua literaria, que es difícilmente aplicable en la conversación familiar. ¿A qué se debe esto? A una tendencia que también tiene precedentes en la formación de las lenguas románicas. Todos conocéis el hecho de que las lenguas románicas no continúan el futuro latino del tipo *can-*

tabo, monebo, sino que descansan sobre una combinación del infinitivo con el presente del verbo *habere*, es decir, que *cantará* procede de *cantare* más *habeo*. La acción futura se sintió, no como algo que acaecería en un momento posterior, sino como algo que debía de acaecer, que iba a acaecer, etc. Y en virtud de esa tendencia empieza hoy a generalizarse este futuro compuesto en la lengua de Buenos Aires, en la cual se prefiere considerar la acción como algo que se inicia y que llegará a un momento posterior, más bien que como algo que necesariamente ocurrirá en un determinado momento del futuro.

En este caso el lingüista no puede limitarse a considerar escuetamente tal hecho. No es posible estudiar la lengua de Buenos Aires, y al decir lengua de Buenos Aires por exigencias de concreción, es evidente que pienso en general en el habla de toda la República y en los restantes países hispanoamericanos, no es posible, como antes decía, mirar la lengua de Buenos Aires como un *patois* que fríamente se analiza para lograr abstractos resultados científicos. En este caso el lingüista no puede prescindir de la consideración de que está observando una lengua de gran civilización como es la española, llamada a tener espléndidos desarrollos en lo venidero. Si tal o cual peculiaridad de fonética o de léxico han de parecernos el resultado natural de hablarse la lengua hispana en extensiones tan enormes de la tierra y por pueblos de tan diversa índole, no es menos exacto que todas aquellas desviaciones que afectan a la íntima modalidad sintáctica, a esa finísima red constituida, por decir así, por los hilos nerviosos del idioma, se altere en nada que pueda parecer esencial. El hecho de que el futuro empiece a desaparecer inconscientemente en el habla, incluso de las personas cultas, (falta que no veo citada en ninguno de esos libros que aspiran a purificar el léxico argentino), ha de mirarse sencillamente como un caso de empobrecimiento de los recursos expresivos del idioma. *Yo voy a decir* no significa lo mismo que *yo diré*, ya que la primera construcción se aplica para señalar el carácter inceptivo o de comienzo de la acción verbal, en tanto que la segunda sitúa sin más la acción

en un momento futuro. Bien sé que la literatura no se ha resentido de ese uso y que vuestros mejores literatos escriben en este punto lo mismo que los de las restantes regiones de habla española; pero bueno es llamar la atención sobre el particular, para que sea observado cuidadosamente por quienes tienen aquí como menester la enseñanza del propio idioma.

En cuanto al léxico, la labor de quien emprenda el análisis del vocabulario de la región del Plata, ha de ser sumamente difícil. Todavía no se ha intentado formar un diccionario metódico del habla argentina. Para esto sería necesario, en primer lugar, tener una clara noticia de lo que sea propio del país y de lo que sea común con España y con las otras Repúblicas de Hispano-América.

Asimismo habría que adoptar criterios de exactitud, (para no incurrir en el defecto en que cae alguien que en este momento publica un diccionario de voces argentinas), como es el de separar bien la definición de la palabra de la definición de la cosa significada por la palabra. Diccionarios de estos hay en que al verbo *acalambarse* se le dan tantas acepciones y se le consagran tantos artículos cuantos sean las causas y naturaleza de calambre y de *acalambarse* que han llegado a conocimiento del autor del diccionario. Estos errores de método y otros entrañan una considerable pérdida de energía y de tiempo. Y hora sería ya de ponerse de acuerdo sobre las líneas fundamentales de un diccionario de la Argentina, para que aquellos de vosotros que sientan vocación por esos estudios, puedan realizar algún día tan magna obra.

Y termino estas observaciones incompletas, que necesariamente tenían que serlo en este día solemne en que inauguramos las tareas de nuestro Instituto. No he querido, por el momento, sino señalar algunos hechos y su posible interpretación metódica. No podía yo trazaros hoy un plan completo de lo que constituye la médula de la lingüística general, ni podía tampoco abrumaros con la enumeración de hechos variadísimos que, forzosamente, habría agotado vuestra paciencia.

Valga, pues, mi breve disertación como una muestra de la voluntad que me anima y del deseo de compartir con vosotros trabajos que sin exageración podemos considerar tan dignos de estima y de esfuerzo como aquellos que más esclarecidamente se cultivan en el ámbito de este alto centro de cultura.